

Reiteraciones necesarias

*La vida
no es una mujer bailando en un espejo;
ni tampoco un payaso en el país del oso.
No es un hombre que llora frente a una lámpara;
ni un gerente que firma cheques y luciérnagas;
ni un soldado que apaga su magnolia de sangre
en la trinchera.*

Oswaldo Escobar Velado.

Cultura es cultivo de lo real. En este sentido, la cultura pasa por lo económico, lo político, lo religioso, lo agrícola, lo estético, y todo ese conjunto de medios y modos con que los hombres y mujeres de una sociedad cultivan la realidad que les es pertinente y perteneciente.

La cultura pasa por todos los saberes, haceres, sentires y decires en los que se expresa la identidad cultural, constitutividad radical y última de toda sociedad. Así, cultura no es sinónimo de arte, de saber teórico, o de refinamiento en las costumbres. La cultura es una sumatoria existencial, una suerte de continente vivencial social e histórico, integrado por una vasta multiplicidad de contenidos, también históricos.

En El Salvador, hoy por hoy, se vive una cultura del martirio que pasa por el martirio de la cultura.

El modelo neoliberal, para ser, necesita concebir y convertir a la sociedad toda en un amplio mercado de vendedores y compradores. Necesita, asimismo, que su dinámica interna quede regulada por las leyes impersonales de la oferta y la demanda, al margen de cualquier intervención humanizadora del Estado, por muy necesaria que ella resulte. Esta es la primera forma de martirizar la cul-

tura: ver y convertir al ser humano en una pieza cuyo valor se mida por su capacidad para vender o comprar; y ver y convertir las circunstancias de la vida humana —esa circunstancia que los sociólogos y economistas llaman niveles de vida: salud, educación, vivienda, alimentación, etc.— en un proceso impersonal en el que sólo salen gananciosos aquellos que tienen los medios suficientes para entrar con pie derecho en los ámbitos del mercado de competencia perfecta. Así, la gran mayoría de hombres y mujeres, esas mayorías populares que cotidianamente cultivan y vivifican al país con sus muchas fuerzas y esfuerzos, quedan marginadas del disfrute pleno de los bienes y servicios a los que, como humanos y ciudadanos del país, tiene derecho. Que la cúspide opulenta del neoliberalismo necesite de una base incommensurable de marginalidad, es la primera forma, ostensiblemente malévolamente, de martirizar la cultura, por más que estas palabras puedan sonar a trasnoche teórica o ideológica. No son únicamente palabras. Hay una realidad ostensible y constatable. Es la realidad del dolor y la pobreza que se vive en las zonas depauperadas del país, que son las zonas mayoritarias. Y aunque estos enunciados suenen cansinos o demodados, hay que seguir repitiéndolos hasta la fatiga, porque la verdad no es sólo

constancia en su búsqueda, sino tesón en su prédica.

La segunda forma de martirizar la cultura es aún más subliminal y taimada, y tiene que ver con la presencia operante del mal en la sociedad.

El mal, en las dimensiones personal y colectiva, opera a través de dos mecanismos fundamentales: la seducción y el horror. Por la seducción, el talante espiritual mayor del ser humano es manipulado y abajado hacia objetos y hacia fines alejados, sustancialmente, de las necesidades esenciales y de las aspiraciones existenciales legítimas de la vida. Por el horror, ese talante espiritual mayor es reducido a una suerte de ciega obediencia, por la que, respecto de objetos y fines, responde de un modo inmeditista y presentista a los requerimientos oscuros de quien, o de lo que, ha asumido una perenne o temporal postura de reductor de fuerzas espirituales.

Hoy por hoy, la sociedad salvadoreña está manipulada por la seducción de la publicidad y sometida por el horror de la violencia. Habida cuenta de que la sociedad ha sido concebida como un mercado; habida cuenta de que todos sus hombres y mujeres son vendedores o compradores de algo; habida cuenta de que los beneficios de la venta y de la compra se rigen por el vaivén de lo que unos ofrecen y otros demandan, se trata enseguida de dinamizar ese mercado. Se trata de hacer de todos los hombres y mujeres eficaces oferentes y excelentes demandantes. Se trata de que el dinero corra sobre la marea de los precios, y vaya a parar a las arcas de los pocos que se sirven de los muchos para sus propósitos e intereses particulares. Entra aquí entonces el recurso a la publicidad, en clave de enajenación, para potenciar esa cohorte de oferentes y demandantes plenamente confundidos respecto de los objetos y de los fines importantes y esenciales para el hecho de vivir.

Por otra parte, habida cuenta de que hay que ofrecer todo y comprar todo por los medios que sea; habida cuenta de que el valor en tanto ser humano depende de qué se ofrezca y qué se compre en el mercado de competencia perfecta; habida cuenta de que los objetos, los medios y los fines altos de la vida han sido abajados y reducidos hasta la idolatrización y exclusivización de las cosas, del dinero y del consumo, se trata de ver cómo se obtiene el dinero para consumir las cosas. Entra aquí la violencia como medio de obtención y am-

paro del dinero, o como expresión por su desespero.

Desde el punto de vista de la razón moral, la mejor caracterización que puede hacerse del país es que, a pesar de los triunfalismos del milagro económico nacional, lo que en realidad existe es la crucifixión martirial de la cultura, crucifixión que padecen más los más depauperados del país, a quienes se les seduce sin miramientos con la publicidad y entre quienes se potencian, sin misericordia, las variadas formas de la violencia. Crucifixión de la que no están exentos los otros sectores sociales, como víctimas o victimarios, pues la sociedad nacional, potenciada en sus apetitos y limitada, en distintos niveles, en sus recursos, acude a la violencia para hacer más de lo que tiene o para hacerse de lo que no ha podido y quiere tener.

La tercera forma de martirio de la cultura tiene que ver con la onerosa hipoteca de la identidad nacional. Seducida por la publicidad hacia el consumo, y horrorizada por la violencia para poder consumir, la cultura salvadoreña, de cara al galopante modelo que las élites han pensado para su crecimiento económico, ha debido abandonar paulatinamente su propia mismidad, su propio talante, para sumir talantes que no son los suyos. En el proceso de inserción en el concierto de las culturas universales, la cultura nacional no ha podido ser conducida hacia adelante siendo ella misma, sino dejando de ser lo mejor de ella misma. En economía, en política, en religión, en arte, en lenguaje, en valores y actitudes en definitiva, ha ido habiendo cada vez menos modelos autónomos y ha ido creciendo la imposición directa o solapada de modelos foráneos. Esto puede resultar cansino y demodado, pero es parte de la verdad histórica de la actual cultura nacional.

La cultura del martirio, entonces, pasa por el martirio de la cultura. En este sentido, cobra validez el mandato ético del gran rector martirizado: ayudar a bajar a estos pueblos de la cruz, mandato que implica habérselas, desde las especificidades de cada quien, con los mecanismos operantes del mal: la seducción que manipula y el horror que somete. Implica, también, habérselas con la difícil tarea de descubrirle, restituirle y preservarle a la cultura su verdadera identidad, depredada a fondo por la enajenación a que ha llegado por efectos de su manipulación y sometimiento.

Si la cultura del martirio es una opción y el

martirio de la cultura, una acción por cuyo efecto nefasto los hombres y mujeres de la sociedad nacional van perdiendo su talante más radicalmente humano, la tarea de ayudar a bajar a los pueblos de la cruz implica en esencia otra opción y otra acción por cuyo efecto benéfico los hombres y mujeres de la sociedad nacional vayan recuperando aquel talante perdido. Otra opción y otra acción por cuyo aliento se vaya encarnando en la historia la cultura de la salvación que ha de pasar, necesariamente, por la salvación de la cultura.

Esta misión, arimateica por naturaleza, pasa por el fortalecimiento de las instituciones civiles de la sociedad: en los líderes que las conducen, en el discurso que las informa, en los "cuadros" que las potencian, y en la utopía que las orienta.

La enorme depredación de la ecología moral y espiritual, que ha defenestrado a tope los más altos valores y las mejores instituciones del país, necesita de una urgente resiembra, y ella tiene que ver con la construcción de la respuesta adecuada a las necesidades de la sociedad civil.

"La sociedad civil necesita, con toda evidencia, de un sector de su economía que lidere y potencie la gestión económica en beneficio del bien común; lo que no necesita, ni quiere, es una élite poderosa que expolie los esfuerzos productivos del cuerpo social. La sociedad civil necesita de una 'clase' política que pueda encargarse de conducir 'la cosa pública' en aras de la plenitud y del beneficio colectivos; lo que no necesita, ni quiere, es una élite de ocasión que, con la demagogia por método, esquilme los recursos de todos y enrarezca el horizonte político colectivo en beneficio de unos propósitos focalistas y emasculados. La sociedad civil necesita de un estamento militar que vele y sea garante de la seguridad colectiva y de la integridad personal; lo que no necesita, ni quiere, es una élite advenediza que, tras el sesgo ideológico de un falso patriotismo —con todos los matices y gradaciones que tal concepto impone—, aniquile el cultivo de la vida, instale culturas de muerte física o espiritual, despilfarré los recursos de todos y luego, cubierta bajo los signos del honor más solemne, permanezca incólume e impune satisfaciendo propósitos sectoriales o personales.



La sociedad civil necesita de una élite intelectual que le indique su utopía, le perfíle su discurso, le proponga sus valores, le señale sus errores, y le perpetúe su identidad cultural; lo que no necesita, ni quiere, es un grupúsculo de noctámbulos vociferantes y narcicistas que, lejos de trabajar por el cultivo social con los medios específicos que pertenecen al trabajo creador, se ocupe preferencialmente de labrar su propia estatua con medios lesivos a la condición humana que pasan por las batallas campales de verbo —verdaderos espectáculos de pirotecnia de poca monta— que buscan siempre la aniquilación del adversario estético, no por la competencia leal en el trabajo, sino por la infamación o la difamación del otro. La sociedad civil necesita de conductores religiosos que la acompañen espiritualmente en el largo y duro trabajo de construir la historia; lo que no necesita, ni quiere, es la presencia de actitudes sectarias que pretendan exclusivizar la posesión de la verdad, que lancen el todo social a las culpas más ominosas —que desembocan en el alcoholismo, la drogadicción o la neurosis— por la prevalencia de un espiritualismo alarmista que pone en el centro de la vida el pecado personal, y que rehuyan la obligación de señalar el pecado social y de trabajar por su conversión en gracia."

La sociedad civil, como constructora de la cultura nacional, necesita, en fin, de unos medios y unos modos para satisfacer, con racionalidad e igualdad de oportunidades, las diversas necesidades que plantea la vida material; lo que no necesita, y debe aprender a no querer, es la absolutización, idolatrización y exclusivización de las condiciones materiales de la vida, en desmedro de

todas aquellas alternativas intelectuales, morales y espirituales que constituyen el cimero panorama de la vida.

Y es que, como el poeta lo ha dicho: La vida/ no es una mujer bailando en un espejo;/ ni tampoco un payaso en el país del oso./ No es un hombre que llora frente a una lámpara;/ ni un gerente que

firma cheques y luciérnagas;/ ni un soldado que apaga su magnolia de sangre/ en la trinchera./ La vida es algo más; trasciende de la carne/ y entonces toma su verdad eterna,/ su palabra de niebla se deshace/ y surge inapagable para siempre/ más allá de la muerte y de la sombra.”

Francisco Andrés Escobar

